



## EL JEFE DE GUERRILLAS.

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### EL CERRO GORDO.

—«¡Agua! ¡por amor de Dios un poco de agua!»

Tales son las palabras que oí, hallándome en mi tienda del campamento de Cerro Gordo, en la noche siguiente al día en que se riñó la batalla de este nombre entre los ejércitos americano y mejicano, en abril de 1847.

Los derrotados regimientos de Santana, exceptuando sólo unos cuatro mil hombres que fueron hechos prisioneros, habían buscado su salvacion en la fuga, dirigiéndose el mayor número por el camino de Jalapa, perseguidos de cerca por nuestras tropas victoriosas; mientras que otros muchos, habiéndose deslizado por la roca casi perpendicular que domina el Rio del Plan, escapa-

ban desapercibidos por los salvajes chaparrales que cubren los terrenos de Perote.

Entre estos últimos fugitivos iba el mismo tirano, ó mejor dicho, *habíase puesto á su cabeza para dirigir la retirada*, movimiento que practicaba siempre en cuantas batallas le eran adversas, lo cual sucedia bastante á menudo.

Aquel día hubiera podido apoderarme de su persona á no ser por la cobardía de un coronel, á cuyas órdenes me hallaba con mi gente. De todo el ejército americano yo era el único que habia visto á Santana escapar del campo de batalla; y en tal direccion, que sin dificultad hubiera podido cortarle la retirada. Cincuenta hombres bastaban para hacer prisionero al jefe fugitivo y á su brillante estado mayor; pero aún este número me fué negado; y *nolens volens* hube de renunciar al placer de apoderarme del tirano y ahorcarle del árbol más próximo, lo cual habria hecho en el